

GRAN SUPER & FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO 1942-1943

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



Los mejores relatos del período histórico mas importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clasicos del género.

Tercer volúmen de una esmeradísimá selección en la que Asimov presenta cronológicamente los relatos que marcaron la evolución del género. Diez historias aparecidas originalmente en los años 1942 y 1943, obra de los mejores escritores del momento.

Leigh Brackett, Henry Kuttner, Catherine L. Moore, Edmond Hamilton, Fredric Brown, A. E. van Vogt, Alfred Bester y Donald A. Wollheim son los autores de este conjunto de relatos inolvidables.

1942

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad, el año empezó mal para luego mejorar. El 10 de enero, los japoneses invadieron las Indias Orientales; el 19, Birmania. Aún más amenazador, el Afrika Korps de Rommel abrió una nueva ofensiva hacia Egipto el 21 de enero, con la que amenazaba toda la posición aliada en el norte de África, y los británicos sufrieron otra derrota cuando Singapur se rindió el 15 de febrero, dos semanas después de que Vidkun Quisling fuera nombrado primer ministro de Noruega y añadiera otra palabra al lenguaje de la colaboración.

Japón continuó su avance en el escenario del Pacífico con la rendición de Batán el 9 de abril, la toma de Mandalay el 1 de mayo, y la rendición de las valientes guarniciones de Corregidor el 6 de mayo. Sólo los diversos resultados obtenidos por la Marina de los Estados Unidos en la Batalla de Midway a partir del 3 de junio evitaron una cadena ininterrumpida de éxitos japoneses.

Tras la caída de Tobruk, el 21 de junio, Rommel parecía invencible en el norte de África, pero entonces una serie de sucesos anunciaron el principio del fin para las fuerzas del Eje: las tropas estadounidenses desembarcaron en Guadalcanal, en el Pacífico, el 7 de agosto, la ofensiva alemana contra Stalingrado fue cercenada de forma sangrienta a medida que el otoño transcurría y, el 23 de octubre, los británicos contraatacaron a Rommel en El Alamein: el 4 de noviembre, los alemanes iniciaban la retirada, y su destino quedaba sellado cuatro días más tarde con el desembarco de las tropas aliadas en el norte de África. El 19 de noviembre, el ejército alemán en Stalingrado se vio rodeado por una contraofensiva soviética, y algunos miembros del Alto Mando alemán se encontraron entre la espada y la pared.

El 2 de diciembre, en la Universidad de Chicago, un científico refugiado llamado Enrico Fermi consiguió controlar la primera reacción en cadena dentro del primer reactor nuclear del mundo, un gran paso adelante en el camino hacia la era atómica.

Durante 1942, John Steinbeck publicó *La luna se ha puesto*, mientras que Dimitri Shostakovich componía su «Séptima Sinfonía». El gran Ted Williams obtuvo los mejores resultados de la liga al batear una media de 0,1%. Las películas de mayor éxito del año fueron «Cuán verde era mi valle», «Holiday Inn» y «La Señora Miniver».

Fue aprobado el Plan Beveridge, que condujo directamente al actual estado de bienestar social en Gran Bretaña (Nota del traductor: «Actual» se refiere al año 1980, correspondiendo a la publicación en el original de esta antología). Se publicó el estudio clásico de James Burnham *The Managerial Revolution*. Aaron Copland compuso su hermoso «Retrato de Lincoln», y *Shut Out* ganó el Derby de Kentucky dentro del mayor revuelo. Albert Camus vio la publicación de su obra *El extranjero* que se convertiría en una de las biblias del hombre alienado.

Algunas cosas no cambiaron. Joe Louis continuó como campeón del mundo de los pesos pesados, y el récord mundial de la carrera de una milla seguía aún en 4 min. 6,04 seg. establecido por Sydney Wooderson en 1937. Resultó ser un año notable para la ciencia. Además del logro de Fermi, el primer cohete V-2 fue probado con éxito por los alemanes, mientras que en los Estados Unidos se construyó el ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Computer), el primer ordenador real del mundo.

Greer Garson y James Cagney recibieron sendos Oscar de la Academia. Los *Pieleros Rojos* de Washington ganaron la Liga de Fútbol Americano, y John Piper pintó «El castillo de Windsor». C. S. Lewis publicó *Cartas del diablo* a su sobrino. Los Cardenales de San Luis derrotaron a los Yankees de Nueva York por cuatro juegos a uno en el cam-

peonato del mundo. Graham Sutherland pintó su famoso y no-ideológico «Paisaje rojo». T. S. Eliot publicó *Little Gidding*, mientras que el estudio de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, pareció a la vez apropiado y fuera de lugar en aquel año totalitario. El Stanford fue campeón de baloncesto de la N.C.A.A. Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

En el mundo real fue otro buen año, a pesar de que la mayoría de los escritores consagrados (y muchos admiradores) pronto serían soldados o estarían trabajando en industrias relacionadas con la guerra y/o en la investigación.

No apareció ninguna revista de ciencia ficción, pero todas las existentes en los Estados Unidos lograron terminar el año, con excepción de *Stirring Science Stories*, que dejó de ser publicada en marzo.

En el mundo real, más gente importante hizo su vuelo nupcial a la realidad: Hal Clement con «Proof» y Robert Abernathy con «Heritage» («La herencia», en *Galaxia*, Editorial A. T. E., Barcelona, 1981) en junio; en octubre, George O. Smith con «QRM-Interplanetary»; y en diciembre, E. (Edna) Mayne Hull con «The Flight That Failed».

Más acontecimientos portentosos sucedieron en el mundo real: Robert A. Heinlein publicó (como Anson MacDonald) «Beyond this Horizon» («Horizontes futuros», Editorial Edhasa, colección *Nebulae I* número 114, Barcelona, 1965) y «Waldo» (Incluido en «Waldo y Magic, Inc», Editorial Edhasa, colección *Nebulae I*, núm. 88, Barcelona, 1964). Jack Williamson publicó (como Will Stewart) «Collision Orbit», el primero de sus excelentes relatos sobre los Seetee, e Isaac Asimov comenzó su clásica serie *Fundación*.

La muerte se llevó a Alexander Belyaev, uno de los escritores rusos pioneros de este género.

Pero alas distantes empezaron a batir con el nacimiento de C. J. Cherryh, Samuel R. Delany, Langdon Jones, David Ketterer, Franz Rottensteiner, Douglas Trumbull, William Joe Watkins y Chelsea Quinn Yarbro.

Viajemos al venerado año de 1942 y disfrutemos de los mejores relatos que el mundo real nos legó.

Isaac Asimov y Martin H. Greenberg

¡Coopera... o prepárate!

A. E. van Vogt.

La historia de la Edad de Oro de la ciencia ficción es, en realidad, la historia de los relatos y novelas que fueron publicados en Astounding, aunque también aparecieron buenas historias en otros sitios. Y, si bien es cierto que este período fue dominado por media docena de individuos, ciertos escritores tendieron a ejercer su dominio en años particulares. 1941 fue el de Heinlein, y podemos decir que 1942, lo fue de Van Vogt.

Además de los dos relatos recogidos en este volumen y «The Weapons Shop», también aparecido en Astounding, publicó (entre otros relatos suyos) «Recruiting Station» (marzo), y «Secret of Unattainable» (julio), ambas historias muy sólidas. Van Vogt adquirió enorme popularidad como maestro de la intrincada y asombrosa space opera.

El tema de «¡Coopera... o prepárate!» está bien condensado en su título, y el relato tiene un mensaje importante: una comunidad de intereses basada en el miedo puede seguir siendo una comunidad. (Uno de los valores de una antología como ésta, y el valor concreto que me atrajo con fuerza a la idea, es que una serie de grandes relatos se emplaza con firmeza en su entorno histórico y social a través de la introducción general de Marty —se refiere a Martin Greenberg—).

Las virtudes de la cooperación entre lo que pueden parecer enemigos naturales son un reflejo del hecho de que la Unión Soviética, en 1942, era una firme aliada de los Estados Unidos y Gran Bretaña, y que los tres países luchaban a la desesperada contra la Alemania nazi. Si ahora fuera posible formar una

alianza tan firme y duradera contra los peligros que nos amenazan hoy..., más graves y más difíciles de derrotar que los nazis, ya que los peligros actuales son diversos e impersonales; como falta de recursos, superpoblación, contaminación ambiental, la carrera de armamentos, etcétera.

Cuando la nave espacial se sumergió en las vaporosas brumas de Eristan II, el profesor Jamieson desenfundó su arma. Se sentía físicamente enfermo, agotado, por la forma en que había sido transportado tantos largos momentos en la furiosa corriente de aire de la gran nave.

Pero la sensación de peligro lo mantenía tenso en el arnés, sujeto por cables metálicos a la balsa antigraedad que tenía encima, y que ahora oscilaba con suavidad. Con el ceño fruncido, contempló el ezwal que le lanzaba una cautelosa mirada por encima del borde de la balsa.

Sus tres ojos alineados, grises como acero pulido, le miraban sin parpadear; su enorme cabeza azul permanecía alerta, dispuesta a retroceder en cuanto leyera en los pensamientos de Jamieson la intención de disparar.

—Bien, —dijo éste con voz ronca— aquí estamos, los dos a mil años luz de nuestros respectivos planetas natales. Y vamos a caer en una jungla primitiva la cual tú, que sólo has vivido aislado en el planeta de Carson, no puedes ni imaginar, a pesar de tu habilidad para leer mis pensamientos. Ni siquiera un ezwal de trescientos kilos tiene una oportunidad de sobrevivir allí abajo... ¡solo!

Una gran zarpa de largos dedos recorrió, cautelosa, el borde de la balsa, y sacudió un latigazo a uno de los cuatro cables de metal que sostenían el arnés de Jamieson. Hubo un brillante ping acerado. El cable se partió, igual que si de una enredadera podrida se tratase, ante el impacto de aquel golpe.

Como un rayo de luz difusa, el enorme brazo se retiró para desaparecer de la vista. Sólo quedó la enorme cabeza y los ojos serenos que lo miraban sin parpadear. Entonces,

un tranquilo y frío pensamiento penetró en la mente de Jamieson.

—Usted y yo, profesor Jamieson, nos comprendemos muy bien. De los cien extraños hombres de su nave, sólo usted queda con vida. Por tanto, usted, de toda la raza humana, es el único en saber que los ezwals de lo que llama el planeta de Carson no son bestias insensatas, sino seres inteligentes. Podría haberme quedado en la nave, y llegar a casa. Pero en vez de dejar pasar la ligerísima probabilidad de que usted escape a los peligros de la jungla de abajo, corrí el riesgo de saltar esta balsa antigraavedad en el momento exacto en que salía por la compuerta. Lo que no puedo comprender con claridad es por qué no escapó mientras yo derribaba la puerta de la sala de control. Hay una difusa imagen de miedo en su mente, pero...

Jamieson se echó a reír, un sonido extraño a sus propios oídos, pero había genuina diversión en los sombríos pensamientos que la acompañaron.

—¡Pobre idiota! —exclamó por fin— Todavía no te das cuenta de lo que sucede. Mientras derribabas la puerta, la nave volaba sobre el mayor océano de este planeta. Todos esos destellos de agua de ahí abajo son realmente una continuación del océano, y cada una de esas lagunas está repleta de bestias malignas. Y, por delante de nosotros, se encuentra el estrecho del Demonio, un cuerpo de agua de unos setenta y cinco kilómetros de ancho que separa esta jungla-océano de la tierra firme. Nuestra nave se estrellará en esa tierra firme, a unos mil quinientos kilómetros de allí. Para alcanzar esa zona, tendremos que cruzar esos setenta y cinco kilómetros infestados de cosas. Ahora ya sabes por qué esperaba, y por qué tuviste la oportunidad de saltar sobre esta balsa antigraavedad. Yo...

Su voz se apagó con un «ugh» de sorpresa cuando, con la velocidad de una serpiente al atacar, el ezwal se retorció, una monstruosa forma azul de horribles colmillos y zarpas que se tendieron con terrible poder hacia un pájaro gigan-

tesco. El pájaro bajaba en picado hacia la brillante superficie de la balsa antigraedad.

No se hizo a un lado. Jamieson lanzó una breve mirada, aterrorizado, a los ojos vidriosos, implacables y protuberantes de la bestia, y las enormes zarpas ganchudas, bifurcadas, que se tensaban para embestir al ezwal; y entonces...

El choque hizo que la balsa se agitara como un palillo en aguas tormentosas. Jamieson osciló con velocidad de mareo de un lado a otro. El rugido del viento producido por la aplastante energía de aquellas alas poderosas sonaba como un trueno que aturdiría su cerebro. Con un gemido, alzó su pistola. La llamarada roja alcanzó, ansiosa, una de aquellas alas, que se volvió negra y se pulverizó. Mientras que el pájaro era literalmente despedido de la balsa por la furiosa fuerza del ezwal.

Cayó, cayó, y se fue convirtiendo en una mancha difuminada en la niebla, hasta perderse contra el negro fondo de la masa de tierra que tenían debajo.

Por encima de Jamieson, el ezwal, perdido el equilibrio, colgaba del borde de la balsa. Cuatro de sus combinaciones manos-piernas agitaban el aire en movimientos inútiles; las dos restantes luchaban con amargo esfuerzo con las barras de metal de la parte superior de la balsa..., y vencieron. El gran cuerpo se fue acercando, hasta que, una vez más, sólo fue visible la enorme cabeza azul. Jamieson bajó su arma, con sombrío buen humor.

—Ya ves, —dijo— incluso un pájaro fue casi demasiado para nosotros... y podría haberte producido una buena quemadura en el vientre. No lo he hecho porque tal vez en tu cabeza comience a penetrar la idea de que debemos posponer nuestra pelea privada y luchar juntos si queremos salir de ese infierno de jungla y pantano de ahí abajo.

El pensamiento de respuesta tuvo idéntica frialdad que los ojos grises, que le miraban con tanta firmeza:

—Profesor Jamieson, lo que usted pudiera hacer no tiene importancia para mí, pues supe que lo haría. Y en cuan-

to a su amable oferta de aliarse conmigo, repito que estoy aquí para verle morir, no para proteger su lamentable cuerpo. Se abstendrá, por tanto, de hacer ningún otro intento desesperado, y aceptar su destino con la dignidad que corresponde a un científico.

Jamieson guardó silencio. Una cálida y húmeda brisa sacudió su cuerpo, y les llevó los primeros débiles y obscenos olores de debajo.

La balsa se encontraba aún a una altura inmensa, pero las vaporosas brumas que se aferraban con fuerza flácida aunque oscura a esta tierra primigenia habían perdido un poco de su densidad. Parches de jungla y mar que, pocos minutos antes, permanecían ocultos por aquella niebla que todo lo anegaba, aparecían más claros ahora, una terrible extensión de árboles oscuros que se alternaba con agua brillante y con destellos a la vacilante luz del sol.

Era una escena fantástica, increíble. Hasta donde la vista alcanzaba en las remotas brumas del norte, se extendían las junglas, vaporosas y nebulosas, y el resplandeciente océano: la interminable y temible realidad que era Eristan II. ¡Y, en algún lugar ahí fuera, en algún lugar en la oscuridad oculta más allá del vapor, aquellas junglas aparentemente interminables finalizaban bruscamente en la fea y sombría extensión de agua que era el estrecho del Demonio!

—Así que piensas sobrevivir. —dijo por fin Jamieson, con suavidad— Durante tu larga vida, durante todas las largas generaciones de antepasados, tú y los de tu especie habéis dependido por completo de vuestros magníficos cuerpos para sobrevivir. Mientras los hombres se apretujaban en sus cavernas, temerosos, y descubrían el fuego como protección parcial, creaban armas que antes no existían, siempre a un paso de morir violentamente... durante todos esos millones de años, los ezwal del Planeta de Carson surcaban sus grandes y fértiles continentes, sin sentir

temor, inigualables tanto en fuerza como en intelecto, sin necesitar hogar, ni casa, ni ropa, arma o...

—Estará de acuerdo —le interrumpió el ezwal con frialdad— en que la adaptación a un entorno difícil debe ser uno de los objetivos de las criaturas superiores. Los seres humanos han creado lo que ellos llaman civilización, la cual, en realidad, no es más que una barrera material entre ellos y su entorno, tan grande y pesada que mantenerla en marcha ocupa toda la existencia de la raza. Como individuo, el hombre es un esclavo frívolo, frágil e inconsecuente, que pone su grano de arena y muere destrozado por algún fallo en su cuerpo sacudido por las enfermedades. Por desgracia, esta debilidad monstruosa, con su ansia de poder y sus instintos asesinos, es el mayor peligro que existe para las razas cuerdas y sanas del Universo. Hay que impedir que contamine a sus superiores.

Jamieson se rió, cortante.

—¡Pero estarás de acuerdo, espero, en que hay algo maravilloso en el hecho de que un trozo de vida insignificante y temeroso, contra todos los riesgos, aspirando a todo el conocimiento, alcanzara al final las propias estrellas!

—¡Tonterías! —La respuesta tenía tonos de vidriosa impaciencia— El hombre y sus pensamientos constituyen una enfermedad. Como prueba, durante los últimos minutos, ha ofrecido argumentos aparentemente plausibles, sinceros, en apariencia diseñados para apelar una vez más a mi ayuda, una forma intolerable de deshonor. Como evidencia posterior, no necesito más que anticipar intelectualmente el momento de nuestro aterrizaje. Suponiendo que no haga ningún intento de lastimarme, su penoso cuerpo estará instantánea y continuamente en peligro mortal mientras que yo... Debe admitir que, aunque haya bestias ahí abajo más fuertes físicamente que yo, la diferencia no es tan grande para que mi inteligencia, aunque se trate de una pelea, equilibre la debilidad. Admitirá, por tanto...

—¡No admito nada! —replicó Jamieson— Excepto que vas a llevarte la sorpresa de tu vida. Y lamentarás con todas tus fuerzas la carencia de todos esos artificios que desprecias en el hombre. No me refiero a las armas materiales, sino...

—No tiene importancia a lo que se refiera. Me doy cuenta de que intenta insistir en ese inútil y falaz tipo de razonamiento, y me ha convencido de que nunca saldrá vivo de esa jungla de abajo. Por tanto...

El mismo brazo enorme que unos pocos minutos antes había cortado la cadena de acero apareció de nuevo a la vista y bajó con un simple movimiento coordinado.

Los dos cables sujetos al arnés de Jamieson se partieron como papel mojado. La fuerza del golpe fue tan enorme que Jamieson recorrió treinta metros paralelo al distante terreno antes de que su largo cuerpo encogido se curvara para trazar su terrible caída.

Un frío pensamiento cargado de torva ironía le siguió:

—Profesor, advierto que es un hombre muy cauteloso y que no sólo tiene una bolsa de provisiones sino también un paracaídas atado a la espalda. Eso le permitirá llegar al suelo sano y salvo, pero su aterrizaje estará dominado por el azar. No hay duda de que su mente lógica le permitirá visualizar la situación. ¡Adiós y... mala suerte!

Jamieson se asió a las finas y fuertes cuerdas de su paracaídas, con la mirada fija en la escena que había a sus pies. A través de la niebla, ahora casi transparente, al norte, había un parche de jungla marrón verdosa.

Si pudiera llegar allí...

Volvió a tirar de las cuerdas, y con helada especulación comprobó el efecto, calculando las posibilidades matemáticas. Era una caída lenta; tal vez por efecto de la pesada atmósfera del planeta: presión de dieciocho libras por pulgada cuadrada a nivel del mar.

¡A nivel del mar! Sonrió con amargura, sin humor. El nivel del mar estaba aproximadamente donde él se encontra-